



“Marca mucho ver morir a niños de malaria porque es algo que se podría evitar”

La enfermera andorrana Tamara Muñoz Bernad participó, durante tres meses, en un proyecto de cooperación en la sección pediátrica de un hospital de la capital de Malawi

Alicia Gracia López
Fotos: archivo de Tamara Muñoz

Las noticias que llegan desde Malawi son desoladoras. Lo último fueron las grandes inundaciones del pasado enero, que afectaron a unas 230 000 personas afincadas en el este y sur del país. A estas lluvias torrenciales, que son habituales, se suma la gran incidencia de malaria, de sida y el problema generalizado de la desnutrición. Todo ello sitúa a Malawi, ubicado en el sureste de África, como un país con una situación de emergencia humanitaria. Más del 65 % de la población de Malawi sobrevive debajo del umbral de pobreza, y en el año 2000 Malawi fue uno de los países que compartieron el 7 % inferior de los índices de pobreza y desarrollo humano del Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo.

Los programas de cooperación internacional no están muy extendidos en el país africano, pero existen algunos, como Malawi Salud, asociación con la que la enfermera andorrana Tamara Muñoz viajó para trabajar durante tres meses en la sección de pediatría del hospital más grande de la capital del país, Lilongüe.

La asociación Malawi Salud es una entidad sin ánimo de lucro que tiene como objetivo general promover el desarrollo de las instituciones socio-sanitarias y educativas en países en vías de desarrollo, y su fin primordial es el apoyo a las instituciones sanitarias de Malawi. El proyecto en el que participó Tamara Muñoz consiste en trabajar ayudando y formando a los profesionales sanitarios de Malawi. Ellos mismos organizan la compra y distribución de medicamentos y suministros para apoyar una mejora en la atención y en la reducción de la mortalidad infantil. El proyecto lleva funcionando unos diez años. Comenzó su andadura financiado por el Salud y en la actualidad constituye una modesta asociación sostenida por donaciones privadas, la venta de calendarios y algunas pequeñas subvenciones, como la del Colegio de Médicos.

Tamara Muñoz viajó a Malawi los pasados meses de febrero, marzo y abril, junto con un equipo de enfermeros y médicos, coincidiendo con la época de mayor



incidencia de malaria. Allí trabajó atendiendo todas las urgencias pediátricas. Ella ya había participado en otros proyectos de cooperación en Nicaragua y Perú, pero asegura que el del país africano es “el más duro” que ha hecho.

“El trabajo es durísimo porque todos los días se te mueren muchísimos niños en las manos, no puedes hacer nada porque llegan ya muy graves. Te marca mucho ver morir a niños de malaria y de desnutrición porque es algo que se podría evitar”, lamenta Tamara. La mayoría de casos de esta enfermedad se dan en África y aun así, todavía hoy, según un informe realizado este año por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y Unicef, uno de cada cuatro niños en África subsahariana sigue viviendo en un hogar sin mosquiteras con insecticida y sin la protección que proporciona la fumigación de interiores.

Sida y desnutrición

A este gran problema se suman otros como el sida, “que tiene una incidencia muy alta y muchos niños nacen ya portadores de la enfermedad”, destaca Tamara. Además, el elevado índice de pobreza entre la población disminuye la esperanza de vida de los enfermos, que “tienen que recorrer muchos kilómetros para llegar a un pozo para buscar agua” o tienen que “alimentarse del maíz, que constituye el monocultivo del país, pero que no tiene los nutrientes necesarios para un niño”, añade la enfermera andorrana.

Las necesidades sanitarias son “absolutamente todas”, subraya Tamara. “No hay material, las instalaciones están destrozadas, parece un hospital de campaña, de los que se montan en conflictos de guerra, no hay personal, no hay medicación. El sitio es muy pequeño para la cantidad de niños”, agrega. Los centros de salud que conocemos en España en África no existen y hospitales hay muy pocos, por lo que muchos de los enfermos pueden tardar hasta tres días en llegar al más cercano. Además, las personas que tienen formación y algo de dinero ahorrado se marchan del país, por ejemplo a Kenia. Sin embargo, “intentas no estar triste”, expresa Tamara, porque “sabes que al día siguiente tienes que volver”. El personal del hospital y los pacientes “están contentos porque saben que vas a ayudar y que vas a volver, pero, en general, el país no está acostumbrado a la gente blanca, sí que queda mucho de la colonización que han vivido otras veces”, reconoce la enfermera andorrana. Con ellos, Tamara se comunicaba en inglés, aunque reconoce que muy pocos lo hablan, y con un chichewa muy básico, la lengua nacional de Malawi.

El equipo de Malawi Salud trabajó durante los tres meses doce horas diarias de lunes a viernes en el hospital de Lilongüe. Los fines de semana aprovechaban



para visitar el país, en el camino se encontraron a algunos cooperantes, pocos, un traumatólogo noruego y dos médicos americanos. “Malawi es una prioridad a todos los niveles, la educación, por ejemplo, está también fatal”.

Lilongüe es la capital del país y cuenta con una población aproximada de 812 000 habitantes. Sin embargo, “las calles están sin asfaltar, no hay luz, y en cuanto anochece tienes que ir con el frontal por la calle porque no se ve nada”, cuenta Tamara.

“Malawi es increíblemente bonito. Es muy verde, tiene un lago impresionante y una tierra rojiza preciosa. El país está lleno de aldeas rurales. Los cielos, los amaneceres y los atardeceres más bonitos que he visto están en África”, recuerda.



La figura de la mujer

Pero, sin lugar a dudas, lo que más le impresionó del continente fue la figura de la mujer. “Tienen una fortaleza impresionante. La típica fotografía de la mujer soportando todo el peso sobre la cabeza ofrece un reflejo real de la situación de la mujer en el país”. La mujer es la que cuida de los niños, la que trabaja el campo, la que carga la leña, la que va a buscar agua y la que gestiona los ahorros familiares. “Es el pilar fundamental, pero realmente no pinta nada allí, están totalmente discriminadas” y es que en Malawi, como en otros países africanos, pervive todavía un machismo propio del medievo.

Tamara Muñoz admite que “la vuelta fue muy dura”, pero también considera que “los viajes que haces te hacen ser como eres y te cambian mucho los valores”, por eso no descarta en un futuro volver para poner su granito de arena en la lucha contra el subdesarrollo de países como Malawi. “Tuve esa sensación rara de regresar llorando, pero desear volver”, concluye satisfecha por el trabajo realizado y con la convicción de que queda mucho por hacer.